

**Año: II, Junio 1961 No. 25**

*N. D. A continuación presentamos a nuestros lectores, una de las Conferencias dictadas por el Lic. Gustavo R. Velasco, propiciadas por este Centro a mediados de Enero, en el Teatro GADAM, Guatemala. La segunda Conferencia que es complemento de la primera, aparecerá en nuestro próximo folleto.*

## **DOCTRINAS SOCIALES Y ECONOMICAS CONTEMPORANEAS**

Datos biográficos del Licenciado Gustavo R. Velasco.

*Gustavo R. Velasco nació en la Ciudad de México el 3 de abril de 1903. Hizo sus estudios primarios en las Ciudades de México y Guadalajara, y los secundarios en la Ciudad de México y en el Estado de California. De 1922 a 1926 cursó los estudios de abogado en la Escuela Libre de Derecho, en la que sustentó examen profesional el 3 de noviembre de 1927. En 1925 y 1926 trabajó en la extinta Contraloría de la Federación: de 1927 a 1931 fue Subdirector de Bienes Nacionales en la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; y de mediados de 1931 a principios de 1932 ocupó el puesto de Jefe del Presupuesto de la Federación (actualmente Director General de Egresos) en dicha Secretaría. Desde 1932 se ha dedicado al ejercicio de su profesión. Es abogado, miembro de Consejo de Administración o Secretario de varias instituciones de crédito, entre las que pueden mencionarse el Banco Internacional. S. A., la Cadena Internacional compuesta por más de 40 instituciones de crédito, seguros, fianzas y almacenes de depósito, Aseguradora Mexicana, S. A., El Palacio de Hierro, S. A., El Buen Tono, etc.*

*Desde 1932, el licenciado Velasco ha sido profesor de Derecho Administrativo en la Escuela Libre de Derecho, en la que está encargado del segundo curso desde 1936. En 1944 fue Rector de dicha Escuela y desde 1955 ocupa nuevamente dicho cargo.*

*En 1947-1948 fue Presidente de la Barra Mexicana. En 1950-1951 fungió como Presidente de la Asociación de Banqueros de México y actualmente pertenece a su Consejo Directivo. Es miembro de número de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación y de varias otras agrupaciones científicas y culturales, entre ellas la Mont Pelerin Society. También forma parte de las juntas de Honor de la Barra Mexicana antes mencionada y del ilustre y Nacional Colegio de Abogados.*

*Ha publicado numerosas traducciones y artículos sobre temas jurídicos y económicos, como una traducción de «El Federalista», «El Derecho Administrativo y la Ciencia de la Administración», «Evolución del Derecho Administrativo Mexicano», «Las Facultades del Gobierno Federal en Materia de Comercio», «El Estado de Sitio y el Derecho Administrativo», «Libertad y Abundancia», libro en que recoge numerosos artículos, conferencias y otros trabajos sobre temas de asuntos económicos, etc.*

### **SEÑORAS Y SEÑORES:**

Entre el mundo de ayer, de que habló Stefan Zweig en su célebre libro y el mundo perturbado de nuestros días, se encuentra el abismo de las Grandes Guerras. Aunque una de las ilusiones de la humanidad es la creencia de que todo tiempo pasado fue mejor, no hay duda de que una de las características de los últimos cincuenta años del Siglo XIX fue la difusión de la idea de que, por fin, se había encontrado un camino, el de la libertad, la ciencia, la democracia, que nos conduciría hacia el progreso y hacia etapas cada vez más altas de bienestar espiritual y material. Hoy, en cambio, todo es inseguro y hasta la misma supervivencia de nuestra raza sobre el planeta se pone en duda. La uniformidad que existía en las ideas ha sido sustituida por enconadas discusiones y por una anarquía intelectual y

moral que ha llevado a varios pensadores a hablar de crisis de la civilización. Ante esta situación, que me limito a señalar como el hecho que es, no basta con volver la vista al pasado para añorarlo y para hablar, como hacen los franceses en la actualidad, de «la Belle Epoque». Es indispensable penetrar en sus causas, poner orden en nuestras ideas, volver a poseer normas firmes y eficaces sobre la organización y funcionamiento de la sociedad. Frente a los problemas de la hora actual, debemos hacer en primer lugar un esfuerzo intelectual, esto es, estudiar, estar informados, saber. En seguida debemos actuar de acuerdo con nuestras convicciones, y mediante nuestro ejemplo y la divulgación de la que consideramos buena doctrina contribuir a que el mundo en general y nuestra Patria en particular, tengan paz, tranquilidad y bienestar.

¿Pero no somos unos ilusos? ¿No preside a nuestros actos un determinismo o, mejor dicho, un materialismo ciego, en que los fenómenos naturales y los hechos se mofan de nuestras aspiraciones y nuestras concepciones intelectuales? ¿Las fuerzas materiales productivas de que hablaba Marx no nos llevan inexorablemente hacia una determinada organización de la sociedad?

Nadie pretende que el hombre goce de libertad ilimitada para optar y actuar. El mundo físico que nos rodea, nuestra propia constitución y manera de funcionar fisiológica y psicológica constituyen los límites dentro de los cuales ha de moverme la acción humana, por mucho que cada día los hagamos retroceder mediante el conocimiento que nos proporcionan las ciencias, especialmente las naturales, e inclusive los utilicemos y convirtamos en instrumentos de nuestros fines. Pero hecha esta salvedad, no hay duda de que son las ideas las que determinan nuestros actos.

Los fenómenos naturales, pongo por caso los terremotos o las enfermedades, pueden ciertamente privarnos de la vida, obligarnos a no habitar ciertas regiones, aconsejarnos construir de determinada manera. Sin embargo, aun en estos ejemplos que pongo por lo claros que nos parecen en la actualidad, no son los hechos mismos los que directamente determinan lo que haremos, sino la interpretación que les damos, la explicación que de ellos nos forjamos. Si en vez de fenómeno natural, pienso que el terremoto es castigo de una deidad irritada conmigo, en lugar de mudar de residencia me abstendré de los actos que le desagradan o procuraré congraciarme con ella multiplicando los sacrificios que le ofrezco. En todo caso, la organización de la sociedad, por mucho que sobre ella influyan factores reales, es primordialmente un producto del espíritu. «La cooperación social», escribe Mises, «primero tiene que concebirse, después que quererse, en seguida que realizarse mediante la acción». Si no fuera así, no podríamos explicarnos la variedad de formas de organización que han existido o que existen en la actualidad en el caso de grupos cuyo medio físico es fundamentalmente semejante y cuyas características étnicas también coinciden en lo esencial. ¿Por qué Alemania fue socialista y totalitaria bajo Hitler y tiende hoy al capitalismo y la libertad con Adenauer y Erhard? ¿Por qué a la Rusia de los Zares sucedió la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas de Lenin, Stalin y Khrushchev? Vuelvo a decir, en todo ello pueden tener que ver fenómenos, hechos naturales, pero el elemento directamente decisivo, el determinante, son las ideas, las teorías de los hombres. El economista más renombrado de los últimos 25 años, el famoso Keynes, aunque su estrella ha declinado a últimas fechas y es de creerse que lo hará aún más después de la demoledora crítica a que lo ha sometido Hazlitt en su libro «El Fracaso de la Nueva Economía», opinaba lo mismo. «Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos», escribe al final de su libro más

conocido, son más poderosas de lo que se cree comúnmente. En realidad, el mundo casi no está gobernado por otra cosa. Los hombres prácticos, los que se creen libres de cualquier influencia intelectual, son casi siempre esclavos de algún economista difunto. Los orates que llegan al poder y oyen voces en el aire, inspiran su frenesí en algún escritorzuelo de años atrás. Tarde o temprano son las ideas, no los intereses creados, las peligrosas para bien o para mal».

No es un cambio en el mundo exterior, son las ideas del socialismo, del totalitarismo, etc., las que amenazan transformar el mundo y, a mi juicio, hacerlo retroceder a un estado de cosas en que la sociedad, tal como hemos tenido la fortuna de conocerla, se desintegrará y la humanidad retornará a la pobreza y la barbarie. A esas ideas falsas hay que oponer las ideas verdaderas que conducen a la libertad y la abundancia. Únicamente las ideas pueden vencer a las ideas, refutándolas. El partidario del comunismo está ciego a toda demostración que se base en hechos tales como la pobreza que ha producido o los excesos y violencias que lo han acompañado, porque está entregado a un sistema de ideas en que los interpreta contrariamente a la realidad. De ahí que sea indispensable exhibir la inferioridad económica y social de ese sistema, desprestigiarlo, destruirlo, mediante los únicos medios en que podemos confiar, o sean el razonamiento, la lógica, la persuasión, pues el otro procedimiento que existe para que unas doctrinas prevalezcan sobre otras, el de la fuerza, constituye un azar, un albur, aparte de que en muchos casos su victoria será temporal y las ideas no refutadas acabarán por socavar a las imperantes, y por suplantarlas.

Los sistemas que considero equivocados, del intervencionismo, el socialismo, etc., han avanzado porque una parte importante de la población es partidaria de ellos. Está a su favor porque cree que le traerán mejores condiciones de vida. Lo que se necesita, pues, es convencerla de que su creencia es falsa y, con este objeto, triunfar en la batalla de las ideas, sobre los que han imbuido a las masas las falsas creencias que ahora sustentan. En efecto, no son las masas las que se han rebelado, según el título de la conocida obra de Ortega y Gasset, porque las masas no piensan por sí solas, no originan ideas, sino que se limitan a seguir a quien lo hace, o más exactamente, a ese grupo de intermediarios entre los pensadores originales y las masas, que somos los profesionales, los líderes en los negocios, los escritores de divulgación, los periodistas. A mi modo de ver, tiene razón Julien Benda y son estos últimos, los que llama los «clercs» y que nosotros podríamos designar como los intelectuales, los que hemos faltado a nuestra misión, los que hemos traicionado a la civilización, por envidia, por resentimiento, por ignorancia, por incompreensión de un sistema en que muchos no alcanzamos las recompensas o la situación que consideramos merecer y nos sentimos postergados.

Sinceramente pienso que no existe tarea más ingente en la hora que vivimos, que procurar clarificar las ideas que tenemos acerca de las diversas doctrinas sociales y económicas que se disputan la primacía. Más concretamente, estimo que la gran cuestión de nuestro tiempo, de la que dependen el bienestar, el progreso y aún la supervivencia del género humano, es si el hombre individual ha de ser libre y dueño de su destino o súbdito e instrumento de otros hombres. Como en las sociedades actuales la organización colectiva que impera es la estatal (a diferencia de otras épocas, en que las organizaciones dominantes han sido la familia, la clase social, la iglesia) el dilema que planteo se concreta en una primera antinomia, individuo, persona, o estado. Pero esta oposición continúa en otras y se ilustra mediante ellas, como trataré de explicar en estas pláticas libertad o sujeción, espontaneidad

o imposición, progreso o estancamiento, y en definitiva, y lo digo literalmente, sin exageración ni patetismos, vida o muerte.

Más urge ya que entremos en la materia de esta primera charla, que repito que consiste en un recorrido, un examen general, de las diversas doctrinas o ideologías que hoy procuran ganarse nuestras mentes y nuestras voluntades. Uso la palabra ideología, por supuesto, en su significado de un esquema o conjunto sistemático de ideas acerca de la vida social, y no en el peyorativo que asoma cuando se dice de un individuo que es un ideólogo, es decir, un iluso que resulta víctima de sus ideas, ni en el sentido marxista de una doctrina falsa que es resultado de la clase social a que pertenece su autor y que sirve a los intereses de aquélla. Ahora bien, no hay duda de que nuestra época es la de las doctrinas y de los ismos. Sin pretender todavía clasificación alguna, en una primera aproximación en la que emplearé el orden alfabético, recordaré que existen el anarquismo, capitalismo, colectivismo, comunismo, conservatismo, corporativismo, fascismo, individualismo, intervencionismo, liberalismo, nacional-socialismo, sindicalismo, socialismo, totalitarismo. También, por supuesto, se habla de derechas e izquierdas, o me emplean otras expresiones como economía competitiva, de mercado o del consumidor, empresa libre, iniciativa privada, justicia social «Welfare-state», locución que hasta ahora no tiene una traducción aceptada, pues la literal de estado del bienestar no ha cobrado vigencia y estado-beneficencia es claramente peyorativa, como estado-gendarme o estado-policía.

No deja de tener interés observar que varios de los términos que enumero aparecen en la primera mitad del siglo XIX. Así, anarquismo se atribuye a Proudhon, aunque se han encontrado ejemplos de uso de esta palabra en el siglo anterior; capitalismo se inventó por escritores socialistas y se divulgó por Marx; comunismo se acuñó en las sociedades revolucionarias de París, entre 1834 y 1839; tanto socialismo como individualismo se idearon por partidarios de Saint-Simon, la primera para describir a la sociedad planeada desde el centro en que toda la actividad se dirigiría conforme al mismo principio aplicable dentro de una sola fábrica, y la segunda para designar a la sociedad libre en que regiría la competencia y que a juicio de los sansimonianos constituía la antítesis de la socialista. Queda el término liberalismo. A los descendientes de España, debe enorgullecernos que aunque de vieja alcuña romana, liberal se empleó en un sentido político en nuestra Madre Patria hacia 1810, para designar al movimiento que propugnaba la libertad y por oposición al partido servil.

¿Pero cómo poner orden en la numerosa y variada lista de ideologías? Es de creerse que se han hecho intentos en este sentido, pero confieso que no los conozco y que habiendo consultado algunas obras sugestivas por sus títulos, como la «Guía del Hombre Inteligente a Través del Caos Mundial», del mediocre propagandista británico del socialismo, G. D. H. Cole, y la «Guía a Través de las Panaceas Económicas», de mi amigo, el economista Fritz Machlup, he encontrado que su finalidad es diferente. Ya que no puedo aprovechar en este punto la labor ajena, procuraré al menos que la propia ayude y no perjudique. Efectivamente, tal vez el ismo más notable en las discusiones de estos asuntos sea el confusionismo, ya el intencional que se crea cuando se continúa usando las palabras antiguas pero se cambia su significado, como es característico de los regímenes totalitarios, o el casual que se debe a falta de interés y de estudio, y que también contribuye a la Babel conceptual que precisamente quiero ayudar a evitar.

Un primer punto que nos llama la atención en las doctrinas o ideologías que examinamos (incidentalmente agregaré que me he limitado a las que tienen aceptación o pretensiones universales y he prescindido de movimientos locales como el falangismo, el justicialismo y el laborismo, así como de aquellos en que lo fundamental es el aspecto político, como democracia, estatismo, monarquismo, parlamentarismo, etc.), un primer punto, repito, consiste en que la mayor parte tienen un antónimo, un concepto, una doctrina, que representa lo contrario a ellos. Así, liberalismo se opone a conservatismo; individualismo a colectivismo; capitalismo y liberalismo a intervencionismo, socialismo y comunismo. En la propaganda rusa y también en muchas discusiones vulgares, fascismo y nazismo son antagónicos a socialismo y comunismo.

Un segundo rasgo que podemos señalar estriba en que varios de los conceptos tienen afinidades, coincidencias, que hacen que se les agrupe o utilice unidos, o a veces, inclusive, que se consideren como más o menos sinónimos y hasta intercambiables. En este caso se hallan individualismo, liberalismo y capitalismo, por una parte; socialismo y comunismo, por otra; fascismo y nazismo en un tercer grupo; comunismo y totalitarismo en el último.

Pero vayamos a asunto más importante para la clasificación que quiero hacer y, por tanto, para poner algo de orden en la mezcla que examinamos. ¿Existe un criterio distintivo común entre las diversas doctrinas? Más claramente, ¿para bautizarlas, para separarlas como algo con contenido propio, se ha seguido la misma base, la misma norma?

La respuesta es negativa si abarcamos la totalidad de las doctrinas que he citado, afirmativa en cambio si practicamos algunas exclusiones. Desde luego la de liberalismo-conservatismo. En los Estados Unidos de América en la actualidad muchos liberales se llaman a sí mismos conservadores, debido a que han permitido que los antiliberales o sean los intervencionistas, socialistas y filo-comunistas, se apropien de aquella palabra y la perviertan hasta convertirla en la antípoda de su sentido cardinal, que no es otro que partidario de la libertad. Durante el siglo XIX, sin embargo, y típicamente en Inglaterra, los dos grandes partidos históricos fueron el liberal y el conservador. Las discrepancias económicas, sociales y políticas entre ellos fueron variando a través del tiempo, y la única diferencia constante consistió en que los liberales eran innovadores, partidarios de cambios, en tanto que los conservadores preferían el status quo, lo conocido, o cuando menos, un cambio menos rápido que el que favorecerían los liberales. Naturalmente no puedo profundizar en esta materia y por ello quisiera recomendarles la lectura del capítulo intitulado «Por qué No Soy Conservador», del notable y reciente libro del Profesor Hayek. «La Constitución de la Libertad». Pero vuelvo a mi tesis: la base para distinguir el liberalismo, en este primer sentido, del conservatismo, no es una doctrina definida, hecha, del segundo, sino su oposición, cuando menos su renuencia, al cambio y su amor a la tradición. Liberales y conservadores, en el siglo XIX, eran partidarios de la propiedad privada, del mercado, de un gobierno limitado. Los actuales conservadores ingleses siguen siéndolo, aunque han hecho muchas concesiones a sus contrarios. Por todas estas razones, prescindo en lo sucesivo de esta dicotomía y sigo adelante.

Tampoco el corporativismo y el sindicalismo obedecen al mismo principio de organización que las demás doctrinas. Por sindicalismo se entiende la acción directa de los trabajadores a fin de obtener que se dé satisfacción a sus deseos, sentido que obviamente se refiere a un método y no a una ideología. En un segundo significado, el sindicalismo es aquella

organización económica de la sociedad en que los trabajadores son dueños de las empresas en que prestan sus servicios. En cuanto al corporativismo fue la doctrina que propagó oficialmente la dictadura de Mussolini para encubrir su carencia de una doctrina propia. Su origen se halla en el socialismo por «guilds» de algunos escritores ingleses, enamorados de los gremios y corporaciones de la Edad Media.

Ni uno ni otro sistema se han practicado ni podrán practicarse nunca. Se hallan en pugna con el sistema de cooperación social que se basa en la división del trabajo y, por tanto, no pueden conducir sino a la lucha social y la anarquía, o a la economía dirigida y la dictadura. Prescindamos de la que se ha llamado la falacia de la industria, es decir, de la imposibilidad de resolver qué actividades económicas constituyen una empresa o una rama industrial, y que ha conducido a preguntar si además de asignar los ferrocarriles a los ferrocarrileros y las minas a los mineros, debe transferirse la propiedad de las atarjeas a los encargados de limpiarlas. Lo cierto es que bajo el sindicalismo y el corporativismo no existe un principio de organización que permita que prevalezcan los intereses generales. Si cada industria o cada sector de actividad es libre para fijar las características de su producto o servicio, sus precios, las condiciones en que trabajará, etc., no hay manera de resolver los conflictos con los consumidores ni con las otras empresas o grupos corporativos. «En tanto que el mercado es una democracia de los consumidores», objeta Mises, «los sindicalistas (y lo mismo se puede decir de los partidarios del corporativismo) quieren transformar en una democracia de los productores. Las cosas se vuelven al revés. La producción se convierte en un fin en sí misma. La idea (del sindicalismo y el corporativismo) es falsa porque la única finalidad y utilidad de la producción es el consumo.

Nos preguntamos si existe un criterio común que nos permita ordenar las diversas ideologías. Yo considero que si lo hay y que podemos descubrirlo si las examinamos con atención, especialmente las oposiciones y conexiones que acabo de señalar. De un lado tenemos al individualismo, liberalismo y capitalismo. Del otro al fascismo, socialismo, nazismo, comunismo y totalitarismo. Parece inútil aclarar que no considero como sinónimos a los términos que agrupo. Pero con la misma claridad repito que entre ellos hay simpatías, semejanzas, a tal grado que el sistema de que soy partidario merece a unos autores el calificativo de individualista (Hayek) a otros de liberal (Baudin), a otros de capitalista (Mises), en tanto que otros más, como el referido Hayek en su última obra que cité, no le encuentran título que les satisfaga. En cuanto a los nombres antitéticos, no niego que ofrecen más resistencia para designar el mismo objeto, así como que entre ellos existen diferencias y en la práctica hasta enemistades mortales. Sin embargo, todos son variedades del colectivismo, en todos ellos (salvo en las versiones civilizadas del socialismo, cuyo carácter utópico demostraré después) se desconoce el valor del individuo como individuo y se le niega el carácter de fin para convertirlo en medio. El fascismo, el nazismo y el comunismo disienten entre sí en las metas hacia las que dirigen el esfuerzo de la sociedad, pero en todos existen objetivos superiores para cuya consecución se organiza la comunidad y no se tolera, no digamos oposición alguna, pero ni siquiera la existencia de esferas autónomas, en que los individuos persigan sus fines propios con libertad. Por eso estos sistemas son necesariamente totalitarios, en grado más o menos completo, paralelamente a la socialización o colectivización de la vida. Y como el colectivismo necesita un instrumento para realizar sus fines, engendra al «nuevo ídolo», al más frío de los monstruos fríos según la conocida cita de Nietzsche, al Estado con e mayúscula, el que de instrumento del hombre se convierte en superior a éste y en su amo y señor. En la realidad y la acción, todas las

especies del colectivismo se resuelven en estatismo, esto es, en predominio y exaltación del estado, al que ya en plena fantasía y extravagancia se concibe como un ente ideal, libre de las imperfecciones humanas y dotados de todas las excelencias. Así ocurre inclusive al socialismo democrático, al cristiano, etc., que por esta razón esencial no pasan de ser ilusiones y que en la práctica se transformarán necesariamente en un régimen indistinguible de los otros colectivismos, a menos de dar marcha atrás oportunamente y de volver al camino de la libertad.

El atributo característico del estado, su medio específico de acción, es la aplicación o la amenaza de aplicación de la coacción. La libertad, en cambio, es el estado social en que la coacción no existe o en que se reduce lo más posible. Ya sobre estas bases podemos clasificar las doctrinas que estudiamos. Para ello me parece que el procedimiento más conveniente es acudir a un diagrama. Tenemos por un lado el individualismo, el liberalismo y el capitalismo, que incidentalmente aclaro que no son variedades de un género sino expresiones parcialmente distintas y parcialmente coincidentes que ponen en primer término o subrayan aspectos diversos de un mismo sistema, que llamaré el sistema de la libertad. En el extremo opuesto están los colectivismos completos, el comunismo y el nacional-socialismo, podríamos decir que los colectivismos de izquierda y de derecha. La mejor manera de ver esto con claridad es mediante un triángulo isósceles, en que el vértice es el sistema de la libertad y la base el colectivismo. En los extremos, izquierdo y derecho de la base, están el comunismo y el nazismo. En el camino a ellos, en un plano inclinado, que por cierto corresponde a la realidad, colocaremos al socialismo y al fascismo como formas incompletas, transitorias en mi opinión, del colectivismo. Todavía antes y más cerca del sistema de la libertad, la que no aspira a desplazar sino que pretende simplemente corregir y mejorar, al intervencionismo.

Seguramente han notado ustedes la ausencia de dos ideologías, anarquismo y totalitarismo, en el esquema anterior. La última no ofrece dificultad, ya que es simplemente otro nombre para el colectivismo integral, es decir, para el comunismo y el nazismo, o mejor dicho, la consecuencia que fatalmente lo acompaña. Totalitario, por cierto una palabra nueva, que no data como las otras de la primera mitad del siglo XIX, significa simplemente que en la organización social no hay espacio, no queda resquicio, para los fines individuales o colectivos diversos del que persigue la colectividad-estado, ni para las actividades que conduzcan a ellos. La fórmula de Mussolini «Todo para el estado, nada contra el estado, nada fuera del estado», expresa esta característica perfectamente, aunque no se haya cumplido por completo en el caso del fascismo, gracias a la influencia moderadora de la Iglesia Católica y al carácter de los italianos.

En cuanto al anarquismo, es sabido que su idea básica es contraria tanto al liberalismo como al colectivismo. Ella es que la organización de la sociedad debe prescindir del estado y del orden jurídico, en la creencia de que son innecesarios y nocivos, y de que los hombres cooperarán y observarán una conducta social en ausencia de ellos. Por tanto, existe una diferencia fundamental entre el liberalismo y el anarquismo y es errónea e injustificada la confusión en que muchas gentes incurrir al respecto. El anarquismo rechaza el estado, al que considera como un mal. El liberalismo no solamente lo admite, sino que cree que un aparato social que cumple una función útil e imprescindible, no es un mal sino un bien. A pesar de lo que digo y simplemente a fin de completar el diagrama y no omitir al anarquismo, podemos colocarlo fuera del triángulo que dibujamos, en el punto opuesto del

colectivismo-totalitarismo, fuera también del liberalismo, pero con éste menos lejos de él, si no en su principio básico, al menos en la aspiración de libertad para los individuos, aspiración que se frustra en el anarquismo porque es el derecho el que nos hace libres, es la existencia de un poder protector lo que nos asegura el goce de la libertad.

Todavía quiero insistir sobre algunos puntos que surgen de la representación visual que he empleado. El liberalismo no es anarquismo ni totalitarismo, sino algo radicalmente distinto del primero y contrario en su objetivo, en su organización y en sus resultados al segundo. No es tampoco una doctrina de derecha, como muchas personas creen, ni intermedia entre la derecha y la izquierda, cuando hablan de que la extrema derecha es el nazismo, la extrema izquierda el comunismo, y el liberalismo o capitalismo una especie de derecha moderada. La oposición fundamental es entre el nazismo y el comunismo, y el sistema de la libertad. Las etapas que conducen de éste a aquellos regímenes son el intervencionismo, el fascismo y el socialismo, en cuanto se dé a esta palabra el sentido de un comunismo incompleto o moderado.

Necesariamente, debido al atrevimiento de pretender comprimir en una conferencia materias tan variadas y complejas, he tenido que hacer algunas afirmaciones tajantes y qué aparecer como dogmático contra mi verdadera manera de ser. No dudo de que varias de mis tesis y apreciaciones han suscitado inconformidades o por lo menos dudas justificadas en varios de ustedes. Dedicaré el resto del tiempo que me queda a explicar la razón de varios de los asertos que he hecho en el curso de mi exposición.

Empezaré por la identificación del nazismo con el comunismo. No discuto que entre ellos han existido divergencias y una rivalidad que primero fue de palabras y propaganda, luego se acalló cuando el tratado que hizo posible y desató la Segunda Guerra Mundial, y finalmente culminó en una lucha sangrienta. Sin embargo, en los dos sistemas de colectivismo o socialismo, el ruso y el alemán, el estado posee el control completo de los medios de producción. La libertad económica desaparece por completo, el mercado deja de funcionar, y son los funcionarios y empleados públicos los que deciden qué se debe producir, cómo, a qué precios, etc. La diferencia que existe desde el punto de vista económico es puramente formal y secundaria: en Rusia se abolió la propiedad privada de los medios de producción, al nacionalizarla mediante decretos; en Alemania se la dejó subsistir en apariencia, pero se le vació de contenido y se le privó de toda función. Por lo demás, tengo un testigo a mi favor que debe haber sabido de qué hablaba. En febrero de 1941, Hitler declaró que «básicamente el nacional-socialismo y el marxismo son lo mismo». A confesión de parte, relevación de prueba.

Pasemos a la naturaleza del fascismo. No desconozco que Mussolini pretendía haber salvado a Italia del comunismo. Tampoco voy a recurrir al argumento de que no era más que un antiguo marxista, que se volvió nacionalista y partidario de la guerra por razones de conveniencia, y que encontró su gran oportunidad después del fracaso de la ocupación de las fábricas por los sindicatos comunistas. En realidad el fascismo careció de doctrina propia hasta que descubrió la del corporativismo. Durante sus primeros años fue muy intervencionista en general, aunque con una política monetaria y fiscal relativamente sana, debido a la debilidad económica de Italia y a la imposibilidad de bastarse a si misma. Gradualmente su política fue volviéndose más socialista en lo económico, hasta aproximarse a la de los nazis. Social y políticamente, en cambio, desde antes era

acentuadamente colectivista. Por eso coloco al fascismo entre el intervencionismo y el nacional socialismo, un poco antes del socialismo.

Al distinguir en el diagrama entre socialismo y comunismo he cedido a un uso generalizado pero vulgar y al hecho real de que han existido y existen partidos y regímenes socialistas que no se consideran como comunistas. Me importa mucho, sin embargo, deshacer este error porque lo considero de trascendencia, ya que contribuye a la aceptación del socialismo y, por consiguiente, prepara el camino al llamado comunismo.

En teoría, socialismo y comunismo son idénticos y no existe escritor serio que los distinga. Los dos propugnan la propiedad por el estado, o cuando menos el control por el estado, de los medios de producción. Sin embargo, algunos escritores van más lejos y llaman comunismo al sistema en que también los bienes duraderos de consumo (una cama, el vestido) son propiedad común (pues los bienes de consumo inmediato necesariamente se apropian por quien los aprovecha). En la realidad, el socialismo y el comunismo han diferido en el método, pues aquel es gradual, en tanto que éste prefiere la violencia; y en los medios o procedimientos, dado que el primero se ha confiado a los pacíficos y hasta legales, en tanto que el segundo propugna la lucha y la revolución. Por último, no faltan quienes creen que puede haber socialismo en lo económico y libertad en lo social y político. En otras palabras, querrían combinar la supresión de la libertad o libertades económicas y de la propiedad privada, con el estado de derecho, los demás derechos del hombre y la democracia liberal.

Como ustedes habrán visto, para mí la esencia del socialismo es la abolición de la propiedad privada en los medios de producción y el traspaso de la propiedad formal o del control de éstos al estado. Supongo que también esta actitud ha de provocar protestas de parte de varias personas, pero estoy preparado para contestarlas. Por supuesto hay quienes opinan que el meollo del socialismo radica en su deseo de mejorar la situación de las personas desvalidas, o de implantar la que consideran que sería una mejor o más justa distribución de la riqueza, en realidad de los ingresos, porque el control del capital pasa al estado y en último término a los gobernantes y la burocracia. Sin embargo, niego que el socialismo tenga la exclusividad, el monopolio de las buenas intenciones. El liberalismo aboga por la propiedad privada, por la libertad en general y por ciertas instituciones políticas, en interés de todos, no en interés de los propietarios actuales, ni de ninguna otra categoría o clase social. En buenos propósitos no cede a otras ideologías, pero notoriamente no es éste el camino adecuado para llegar a una conclusión sobre su bondad o falta de ella.

Con motivo de los desórdenes de 1848, el socialista francés Proudhon fue arrestado y conducido ante un juez. Después de admitir que era socialista, se le preguntó qué era el socialismo. «Es contestó Proudhon toda aspiración hacia el mejoramiento de la sociedad». Si así fuera, tendríamos que hacer nuestra la exclamación del juez, «¡entonces todos somos socialistas!».

Si para juzgar de los sistemas sociales y económicos (con excepción de algunos casos contados y especiales, casi tan patológicos que no vale la pena ocuparse de ellos), nos basamos en los propósitos que dicen perseguir y en sus buenas intenciones, seremos víctimas de ellos. La única manera de no dejarse engañar y de resolver válidamente estriba

en atender a los medios que ponen en juego para alcanzar sus fines y a los resultados que son de esperarse de aquellos y que producen en la realidad. Todos los médicos desean la curación y salud del enfermo, a pesar de lo cual no nos atenemos a este propósito para estimar su competencia, sino a los medios terapéuticos que emplean y a los resultados que efectivamente alcanzan.

Ahora bien, el medio específico a que recurre el socialismo es la llamada socialización o nacionalización de la propiedad. Como ya dije, lo que lo distingue del sistema de la libertad es la supresión de ésta y de la propiedad privada de los factores de la producción, para transferirla al estado. Es, pues, esta característica la que debe servirnos para clasificarlo, como nos sirve para afirmar que entre el socialismo y el comunismo no existe una diferencia esencial.

Es cierto que los rusos han hablado recientemente de que el comunismo es la etapa superior del socialismo y éste una fase anterior, preparatoria de aquel. Esto lo han hecho por necesidades políticas, a fin de explicar a las masas por qué su nivel de vida sigue siendo tan bajo. Sin embargo, sus profetas Marx y Engels les dan el mentís porque siempre usaron las dos palabras como sinónimas. La mayor parte del tiempo los propios rusos hablan indistintamente de socialismo y comunismo. La designación oficial de las repúblicas cuya unión supuestamente forma su país, es de repúblicas socialistas, no de repúblicas comunistas. Sólo una conclusión es posible: que el socialismo y comunismo son dos conceptos iguales y que es ilusoria la creencia de que entre ellos existen y pueden mantenerse diferencias como las que antes indiqué.

De ninguna manera he pretendido agotar la explicación de las diversas doctrinas, ni menos hacer su crítica completa, excepto en el caso del sindicalismo y el corporativismo a fin de explicar por qué los hago a un lado, ni valorizarías y emitir sobre ellas un juicio definitivo. Mi intención ha sido más modesta: distinguirlas entre sí, clasificarlas, y ayudar a que se vean su esencia y sus relaciones con algo más de claridad. Si he conseguido este propósito, me consideraré recompensado con creces.

Muchas gracias .